

Miguel Hernández

MIS OJOS Y MIS MANOS

Antología poética

Edición, introducción y selección de

JUAN CARLOS ABRIL

COLECCIÓN LA CRUZ DEL SUR • EDITORIAL PRE-TEXTOS



MADRID • BUENOS AIRES • VALENCIA • 2026

El lector apreciará en *Mis ojos y mis manos. Antología poética* todas las etapas y estilos de Miguel Hernández. Partiendo de los poemas que más me gustan, que me han acompañado desde que era muy joven, y teniendo en cuenta sus versos más leídos y archiconocidos, ofrezco una variada y equilibrada muestra de sus registros. En esta amplia excerta se podrá leer la veloz y proteica evolución del oriolano: desde sus poemas de adolescencia hasta sus últimas composiciones. Las sucesivas secciones numeradas de «Poemas sueltos (I)», «Poemas sueltos (II)», etc., reflejan y reproducen los momentos posteriores a cada poemario, con excepción de la primera sección, que rescata tres composiciones de su adolescencia, anteriores a *Perito en lunas*. Como base, he seguido fundamentalmente la edición de la *Obra completa. Poesía. Prosas*, volumen I, con introducción de Agustín Sánchez Vidal, Madrid: Editorial Espasa, Colección Clásicos, en su tercera edición de 2011 (2010), que a su vez seguía la edición crítica de 1992 preparada por el mismo Agustín Sánchez Vidal y José Carlos Rovira, con la colaboración de Carmen Alemany Bay. Asimismo, para algunas cuestiones textuales y de ordenación me he apoyado en *La obra completa. Poesía, teatro, cuentos y crónicas*, en edición de J. Riquelme y C. R. Talamás, Madrid: Editorial Edaf, Colección Obras Inmortales, de 2017. He de agradecer también las aportaciones de Juan Cano Ballesta, en sus diferentes ediciones, entre otros críticos y filólogos que me han antecedido en el estudio del corpus hernandiano. Como homenaje, he extraído el título del poema bímembre «El herido», de *El hombre acecha*, en el inicio de su segunda parte.

JCA

INTRODUCCIÓN

MIGUEL HERNÁNDEZ EN LA ENCRUCIJADA.
NOTAS SOBRE LA «HISTORIA CONOCIDA» DE SU VIDA Y OBRA

LA carrera literaria de Miguel Hernández (Orihuela, 30 de octubre de 1910-Alicante, 28 de marzo de 1942), intensa y llena de calas importantes, impresiona desde su inicio. De él en su momento afirmó Dámaso Alonso que se consideraba un «genial epígono» del Veintisiete (Alonso 1965: 161), teniendo en cuenta que, por su brillantez, su nombre se halla siempre en los recuentos de la generación de Federico García Lorca, Rafael Alberti o Luis Cernuda. En la proteica estructura de su evolución meteórica, pasa muy rápido del localismo y regionalismo a la universalidad. Entre medias, el cultivo de las formas clásicas como taller de creador con el que forjarse una reputación intachable. La poesía no pertenece a clase sociales, afortunadamente. Miguel Hernández no sólo se convirtió en un mito y un símbolo de la contienda fratricida por haber caído del lado republicano, sino por su irrefutable valor artístico.

Escribo «carrera literaria» porque pocos autores han luchado con tanta avidez contra su propio destino como él, quién sabe si intuyendo que tenía las horas contadas. Y ya se sabe que no demasiadas. Recordemos que murió sin haber cumplido treinta y dos años. En ese sentido, una cosa se puede afirmar sin ambages: Miguel Hernández es un autor genial, y me refiero no sólo al genio tutelar

—en los términos en los que apuntara Giorgio Agamben en *Profanaciones* (2005: 9 y ss.)— que le acompañaba, sino que también fue conocido por su genio, su carácter fuerte, vivaz, alegre... que se traduce en una poesía, en una escritura rabiosa y rebosante. Octavio Paz lo evoca así:

Lo conocí cantando canciones populares españolas, en 1937. Poseía voz de bajo, un poco cerril, un poco de animal inocente: sonaba a campo, a eco grave repetido por los valles, a piedra cayendo en un barranco. Tenía ojos oscuros de avellano, limpios, sin nada retorcido o intelectual; la boca, como las manos y el corazón, era grande y, como ellos, simple y jugosa, hecha de barro por unas manos puras y torpes; de mediana estatura, más bien robusto, era ágil, con la agilidad reposada de la sangre y los músculos, con la gravedad ágil de lo terrestre: se veía que era más prójimo de los potros serios y de los novillos melancólicos que de aquellos atormentados intelectuales compañeros suyos; llevaba la cabeza casi rapada y usaba pantalones de pana y alpargatas: parecía un soldado o un campesino. En aquella sala de un hotel de Valencia, llena de humo, de vanidad y, también, de pasión verdadera, Miguel Hernández cantaba con su voz de bajo y su cantar era como si todos los árboles cantaran. Como si un solo árbol, el árbol de una España naciente y milenaria, empezara a cantar de nuevo sus canciones. Ni chopo, ni olivo, ni encina, ni manzano, ni naranjo, sino todos ellos juntos, fundidas sus savias, sus aromas y sus hojas en ese árbol de carne y voz. Imposible recordarlo con palabras (Paz 2000: 1123-1124).

En este texto fechado en noviembre de 1942, Paz cuenta que volvió a verlo en París, a la vuelta de nuestro autor de su viaje a

la Unión Soviética.¹ Esa carrera por un camino breve pero intenso se encontrará jalonada de diversas encrucijadas, a modo de notas sobre su vida y obra, que es ya una historia conocida de la historiografía literaria, como he titulado esta introducción.

1) La personal, con una tenacidad y entusiasmo dignos de elogio, de un autor muy consciente de su talento que no cejó —no cesó— en ningún momento de luchar contra sí mismo para pulir y limar su obra, hasta tal punto de convertirse en uno de los poetas más importantes de la época, pese a su juventud, clase social y carencia de formación académica. No obstante, Miguel Hernández era un lector voraz y su vocación poética siempre fue clara y decidida, desde pequeño. Además, era un brillante estudiante en la escuela. Él se empeñó y luchó por su vocación. Otro sujeto menos perseverante habría desistido y se habría amoldado a lo que su familia le imponía, incluso con castigos físicos, como bien es conocido. Desde su más tierna infancia, el oriolano hizo suyo *avant la lettre* aquel verso posterior: «Como el toro me crezco en el castigo», que por supuesto incluimos en nuestra selección.

Del proceso de absorción y ruptura frenética de los estilos, uno

1. Para ahondar más en el viaje a la Unión Soviética, véase por ejemplo Cano Ballesta 1985: 199-210 o Escudero 2015: 49-54, entre otros. Lo que sí habría que destacar es que en septiembre de 1937, a la vuelta del país de los soviets, al detenerse en París, el cubano Alejo Carpentier, que a la sazón vivía en esa ciudad donde trabajaba como ingeniero de sonido en un estudio de grabación, invitó a Miguel Hernández a grabar un poema, «Canción del esposo soldado», y hoy día es el único testimonio sonoro que disponemos con su voz. Un documento único e invaluable. Puede escucharse en el siguiente enlace, en el canal de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: <https://bit.ly/4qv1Bhs>. Véase para la intrahistoria de esta grabación Mistrorigo 2022: 171-192.

tras otro, demostrando brillantez en cada poemario, da cuenta Carmen Alemany Bay:

En un breve espacio temporal, Miguel Hernández quiso ponerse a la altura de los grandes poetas de su tiempo, y para ello no cejó en su empeño de trabajar intensa y minuciosamente en el largo aliento de las palabras, en la tesitura del verso, en el vigor del poema. Con continuos desafíos fue imprimiendo a su poesía un sello personal, pero no olvidemos nunca que Miguel Hernández hizo todo lo que hizo, escribió todo lo que escribió, en plena juventud; acaso el escritor español de más corta vida, treinta y un años. Miguel Hernández, el siempre joven Miguel Hernández, nos dejó una de las obras poéticas más intensas y más vivas de la literatura española (Alemany Bay 2013: 14).

2) La familiar, ya se sabe: un padre autoritario, que lo quitó de la escuela a los catorce años (abril de 1925). Un personaje reaccionario, retrógrado, intolerante, intratable e intransigente. Cuando nuestro poeta murió, su padre, que ni había ido a visitarlo a la cárcel ni acudió al entierro, soltó un «él se lo ha buscado» (Martín 2010: 648), en esa actitud típica de aquellos hombres con chaleco y reloj, bastón y sombrero, que ejercían el patriarcado como una verdad sagrada. Miguel Hernández se tuvo que rebelar ante él, con todo lo que ello significa. También ahí su vocación lo guio. No podemos dejar de relacionar aquí la durísima historia de Gavino Ledda (1975), la historia cruel y tierna de un niño que lo quitaron de la escuela con seis años, y que a partir del servicio militar se enfrenta a su padre para cursar estudios superiores, convirtiéndose con el tiempo en profesor de universidad, enseñando sardo en la Universidad de Sassari (Cerdeña). Fue brillantemente adaptada al cine por los hermanos Taviani en 1977.

3) La laboral, es decir, dejar Orihuela y lanzarse a «triunfar» a Madrid, con el riesgo que implicaba. Si hoy en día nuestra sociedad sigue siendo clasista y resulta complicado ascender socialmente, aunque menos que entonces, en los años treinta esto podía resultar una quimera. El jovencísimo Miguel Hernández, sin estudios y sin dinero, pero con una gran vocación y un indiscutible talento, llegó a Madrid la primera vez el 30 de noviembre de 1931 y regresó a Orihuela el 15 de mayo de 1932, con veintiún años. Nuestro poeta no provenía de un extracto burgués rico que le subvencionara su estancia en Madrid, en la *Resí*, y hubo de buscar trabajo. Su familia tenía cabras y él las pastoreaba, una imagen que él mismo cultivó y proyectó para situarse en los círculos culturales capitalinos. En Madrid hasta durmió en la calle. No dispuso de dinero ni para volver. Tras varios viajes y tras hacerse poco a poco un hueco en la sociedad cultural madrileña, a partir de marzo de 1935 comienza a trabajar con José María Cossío en la enciclopedia *Los Toros* de Espasa-Calpe.² Nuestro autor fue abriéndose paso, y a pesar de no pertenecer al Veintisiete, inició una relación cercana con ellos. Si la Guerra Civil no lo hubiera impedido, habría

2. Hoy la tauromaquia no está de moda; quizás al contrario, se halla muy des-
nostada. Pero en aquella época era un asunto artístico de primer orden. Además,
los toreros eran personajes cultos. Véase *Juan Belmonte, matador de toros*, de Ma-
nuel Chaves Nogales (1935), y por supuesto «Joselito en su gloria», de Rafael Al-
berti, poema subvencionado por Ignacio Sánchez Mejías, y dedicado a él; o la
cumbre de las elegías taurófilas, *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*, de Federico
García Lorca. Las brillantes muestras artísticas son infinitas, desde las series de
las tauromaquias goyescas hasta las picassianas.

Por otra parte, su trabajo en la enciclopedia de Cossío, y el contacto con este
mundo cultural filotaurino, propició la rica simbología taurina desplegada en *El
rayo que no cesa* y en el conjunto de su obra (véase Balcells 2012: 157 y ss.; y 2017).

estado a su par precisamente por esos años. *El rayo que no cesa*, que aparece –como reza en el colofón– el 24 de enero de 1936 –cuando el poeta tenía apenas veinticinco años– ya se considera una obra de absoluta madurez. Para esa época, finales de 1935 y comienzos de 1936, era amigo íntimo de Vicente Aleixandre y Pablo Neruda. Juan Ramón Jiménez, que había leído unos poemas suyos en *Revista de Occidente* (número CL, diciembre de 1935, aunque se maquetó y apareció en enero), entre ellos la «Elegía» dedicada a Ramón Sijé, los reseñó en el periódico *El Sol* el 23 de febrero de 1936, con estos elogios que extraemos:

En el último número de la *Revista de Occidente*, publica Miguel Hernández, el extraordinario muchacho de Orihuela, una loca elegía a la muerte de su Ramón Sijé y 6 sonetos desconcertantes. Todos los amigos de la «poesía pura» deben buscar y leer estos poemas vivos. Tienen su empaque quevedesco, es verdad, su herencia castiza. Pero la áspera belleza tremenda de su corazón arraigado rompe el paquete y se desborda, como elemental naturaleza desnuda. Esto es lo excepcional poético, y ¡quién pudiera exaltarlo con tanta claridad todos los días! (Jiménez 1936: 5).

4) La ideológica, pasando del localismo, ruralismo y regionalismo oriolano (en palabras de Díez de Revenga, «poesía terruñera», 2017: 71 y ss.), propios de un individuo que apenas dispuso de capacidad para instruirse, asaltando las bibliotecas de Ramón Sijé y otros, empapándose de todo lo que le llegaba. En primera instancia, desde el catolicismo y conservadurismo de la atmósfera oriolana donde se comenzó a formar, hasta el pensamiento materialista y revolucionario de raigambre marxista que va tomando

cuerpo hacia 1935, al frecuentar la Escuela de Vallecas, el cual terminó de configurarse en 1936, al estallar la guerra civil española.³ A finales de 1935 la ruptura con Sijé era evidente, ya que ambos se encontraban estéticamente e ideológicamente en lados opuestos, lo cual no impidió que nuestro poeta le dedicara su «Elegía», cumbre de las elegías en lengua española de todos los tiempos.

5) La sentimental, atenazado entre el amor a Josefina Manresa y la vida bohemia madrileña, en especial Maruja Mallo, que lo seduce; el poeta acaba decantándose hacia 1936 por Josefina Manresa. La razón, aseguran sus biógrafos: las ansias del poeta por tener descendencia, opción que no parecía demasiado posible en el ambiente capitalino entre las escritoras y pintoras que frecuentaba. Hablar de su historia sentimental es también hablar de su particular pulsión erotanática, de la que se hace eco Díaz de Castro:

La fuerza clave en la poesía hernandiana radica en la intensidad de su palabra poética, tanto en su capacidad de verbalizar la tremenda dialéctica del hombre entre eros y tánatos como en su capacidad de construir con su palabra una poesía que comunica su propia tensión arriesgada y arraigada de existente y de artista del verso (Díaz de Castro 1997: 63).

3. El 7 de enero de 1936, sin justificación, la Guardia Civil detuvo y golpeó a Miguel Hernández en San Fernando del Jarama, lo cual motivó un escrito de denuncia pública, «Protesta en favor del poeta Miguel Hernández», aparecido en el periódico *El Socialista*, 16 de enero de 1936, página 2, y firmado, en este orden, por Federico García Lorca, José Bergamín, José María Cossío, Ramón J. Sender, Antonio Espina, Arturo Serrano Plaja, César M. Arconada, Pablo Neruda, María Teresa León, Rosa Chacel, Miguel Pérez Ferrero, José Díaz Fernández, Rafael Alberti, Manuel Altolaguirre, Concha Méndez, Luis Cernuda, Luis Lacasa y Luis Salinas. Puede consultarse el recorte de prensa en el siguiente enlace de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: <https://bit.ly/461p41l>.

6) La histórica y colectiva, que a la postre supuso también la vital y le acarreó la muerte. Como nunca en nuestra historia, una España convulsa, un momento de cambios truncados y un propósito de modernización cercenado por la carandunia más rancia, por los ultramontanos del catolicismo y las fuerzas feudales de la España profunda, la reacción y el retraso cultural, industrial e ideológico. También el proyecto invertebrado del Estado español, que todavía hoy colea, se movía entonces en aras de otra configuración. La Segunda República planteó la modernización general de España, pero la Guerra Civil la paralizó, estableciéndose una lucha que ya sabemos quién ganó. También esta es una *historia conocida*.

7) Por último, la cultural y artística, o sea, la literaria y, en definitiva, estética, en ese constante ir y venir de tendencias y escuelas, de tiras y aflojas donde su voz debe sobrevivir a pesar de las fluctuaciones, y donde el poeta se encuentra alerta para escuchar la poesía con todas sus contradicciones, sacar el jugo de ese cúmulo de circunstancias. Sus incesantes cambios son maduraciones aceleradas de alumno ejemplar. Desde los formalismos en los hielos de la poesía pura, gongorismos y cubismos de *Perito en lunas*, hasta la poesía rehumanizadora de *Viento del pueblo* o el intimismo depurado de la canción de tipo popular en *Cancionero y romancero de ausencias*. No se podrá argumentar, antes al contrario, que Miguel Hernández no se encontrase atento a su propia voz, a una evolución frenética en poco menos de diez años, desde 1932 a 1942. En menos de diez años, ya que estas dos fechas son muy ajustadas, nuestro poeta dejó una obra de calidad, extensa e intensa, que se parangona a la de los mejores autores españoles del siglo XX. En la maduración de su obra, la influencia de Vicente Aleixandre y Pablo

Neruda es sin duda decisiva. Pero a pesar de ello, siempre se escucha su propia voz, su tono material y humano, su verso bien enlazado a través de una simbiosis verbal de las palabras que hacen característica la dicción hernandiana, donde sobresalen fuerza, vigor, crudeza humana. Su lírica se asoma a la existencia de los hombres de una manera excepcional, y su capacidad de introspección sigue hoy conmoviéndonos, tantas décadas después de su muerte.

No son pocos los obstáculos que tuvo que sortear nuestro poeta. Incluso debió bregar con la imagen de cateto advenedizo que transmitió, entre otros, a García Lorca. Lo escribe el hispanista italiano Gabriele Morelli (1993: 89; 2018: 142-143), según relato que el propio Vicente Aleixandre le había contado de viva voz. Al parecer, a finales de junio de 1936, García Lorca se proponía visitar a Aleixandre para leerle *La casa de Bernarda Alba*, que había terminado de escribir, como reza el manuscrito, el 19 de junio de 1936. Sin embargo, al decirle el autor de *La destrucción o el amor* por teléfono que Miguel Hernández se encontraba allí, García Lorca rehusó ir, espetándole un «Échalo». En su biografía, José Luis Ferris también tiene en cuenta este incidente (2002: 321-322).⁴

Parece mentira insistir en el signo –y sino, «sino desafortunado», según Riquelme (2017: 142)– de cada uno, pero se ha repetido la *historia conocida* de Hernández, un joven poeta de orígenes humildes que sentía la poesía y que, en los convulsos años de la

4. Desde otra óptica, cuentan diversos biógrafos (Ferris en entrevista con Moltó 2002: 34) que Miguel Hernández tenía mucho encanto personal, y que en Madrid, en las tertulias y encuentros, acaparaba la atención, lo cual no le gustó del todo a Federico García Lorca, ya que él hasta ese momento había ocupado ese lugar.

Segunda República española, logró equipararse a los mejores autores de su época. No hablamos de escritores cualesquiera, sino de la «quizá mejor capilla poética de Europa», en palabras de Federico García Lorca (1936: 2; 1997: 288) en el homenaje a Luis Cernuda, con motivo de la presentación, el día 20 de abril de 1936, de la primera edición de *La realidad y el deseo*. Por su parte, Miguel Hernández, para poder dedicarse a la poesía, no sólo tuvo que luchar contra sí mismo, en la continua y decidida forja del escritor que va limando con tesón su estilo, y que no todos consiguen, sino contra el medio hostil que le rodeaba. Su familia no le ayudó, sobre todo teniendo en cuenta que, como dije antes, con catorce años lo quitaron de la escuela para trabajar pastoreando las cabras.

De un modo u otro, *Perito en lunas*, publicado a inicios de 1933, es una auténtica joya. Que sigamos hablando de él se debe a la precocidad de Miguel Hernández, como aseveran Juan Cano Ballesta en su imprescindible volumen (1978, en su segunda edición ampliada) o Claude Le Bigot (2012). En general, el conjunto de su obra poética representa una de las más altas cumbres formales y líricas en lengua española del siglo XX. Así, la capacidad de emocionar de Miguel Hernández, junto a su dominio de las estructuras versales y su gran dosis de virtuosismo, hacen que *Perito en lunas* sea más que un primer poemario publicado por un chico de veintidós años, y que sea una obra que pertenece a un estilo –poesía deshumanizada, gongorismo, cubismo– que ya había pasado de moda. En efecto, hacia 1933 la avanzadilla de la poesía se encontraba en otras búsquedas, y lo cierto es que ante la fugacidad de las vanguardias históricas, en un arco de tan pocos años, parecía que ya lo habían hecho otros antes. Pero tal y como el propio autor escribió en carta a García Lorca, reivindicándose a sí mismo, en su ópera prima había más poesía que en muchos otros poetas hasta

entonces consagrados (Hernández 2011b: 1506), y tampoco le faltaba razón.

Poliedros fue el primer título, luego desechado por el tan acertado *Perito en lunas*, es decir, experto en lunas o incluso lunático. El recuerdo lorquiano no será casual, y es que el oriolano seguía los pasos del granadino. Además, García Lorca representó como ningún otro autor al poeta y dramaturgo de éxito. La poesía daba prestigio, pero el teatro daba fama y dinero. Cuando se perpetra su asesinato, Lorca vivía su momento más dulce a nivel profesional, y esa situación se venía gestando desde su vuelta de Nueva York. Rafael Alberti, brillante poeta y buen dramaturgo también, tampoco llevaba demasiado bien los laureles del granadino. Y es que todos le iban a la zaga en notoriedad y reconocimiento.

Si la «Oda a Salvador Dalí» de Lorca data de 1926, *Perito en lunas* aparece en 1933. Escasos ejemplos hay de poesía cubista tan famosos como este de Hernández. Ni son populares las décimas guillenianas, ni mucho menos los juegos lúdicos de Gerardo Diego, si bien no se trata tanto de comparar como de establecer criterios a la hora de valorar y tener claro que los estilos no son mejores por haber sido iniciados por alguien, sino por el valor intrínseco de la obra. José María Hinojosa publicó *La flor de California* en 1928, y *Los placeres prohibidos* es de 1931. Qué duda cabe que hoy día recordamos a Cernuda antes que a Hinojosa, aunque cada uno posea sus méritos. Por eso, *Perito en lunas* destaca frente a otras composiciones algo anteriores en la misma onda estética que, sin embargo, no han pasado a ser consideradas o reivindicadas en el canon con tanta intensidad.

Perito en lunas es una trasposición geométrica de la realidad, una categorización neokantiana, si cabe, donde se pone en funcionamiento el binomio idea/forma, todo representado: formalización

dividida y fragmentada mostrando ambas caras, el continente por el contenido, como en *Las señoritas de Aviñón* (1907), de Pablo Ruiz Picasso: un mismo sujeto está sentado de espaldas, el rostro de perfil, la nariz de frente, etc. Moldear la realidad como un poliedro, esa fue la vanguardia –pictórica, estética– de la que *Perito en lunas* tal vez sea su mejor muestra, al intentar captar la esencia de la realidad desde sus formas, a través de las cuales se piensa que se puede llegar a una visión total de sus propiedades y comprender al objeto en sí. Ese poso fenomenológico, que cree y posee en su horizonte ideológico un sustrato idealista, por el que la realidad es abarcable a partir de la concepción del sujeto, se encuentra también en *Perito en lunas*, no como una problemática o conflicto sino como esplendor. Ahora bien, el poeta sabe resolver las carencias prácticas de tal conocimiento de la realidad partiendo de los mismos objetos, no para presentarlos en esencia, que es al fin y al cabo un reduccionismo falaz, sino para dotarlos de dinamismo, en continuo movimiento, rabiosamente materiales.

(HORNO Y LUNA)⁵

Hay un constante estío de ceniza
para curtir la luna de la era,
más que aquella caliente que aquél iza,
y más, si menos, oro, duradera.

5. Los hoy títulos (entre paréntesis) de las octavas reales fueron descubiertos por Juan Cano Ballesta, quien tuvo acceso a un ejemplar de un ciudadano oriolano que le había pedido a Miguel Hernández que le explicara de qué hablaban los poemas, de qué trataban, ya que no entendía nada, y el propio poeta le anotó al inicio de cada uno los «títulos». Así lo confirma Aitor L. Larrabide: «Los títulos

Una imposible y otra alcanzadiza,
¿hacia cuál de las dos haré carrera?
Oh tú, perito en lunas, que yo sepa
qué luna es de mejor sabor y cepa.

(Hernández 2011a: 197)

No se trata aquí de un platonismo estático y plano, sino de una duda constante de un sujeto que bulle por dentro, que se devana las ideas para, entre todas las lunas, saber cuál es la mejor o la más bella, atraído por su enigma. Habría que acudir al propio Góngora para encontrar una poesía «animista» de tal calibre, en la que las metáforas y los experimentos lúdicos son cumbre formal. No en vano el otro apelativo de este libro es el de gongorista. Esos poliedros no se encuentran quietos, sino en actividad incesante, y aunque poseen una deuda con la fenomenología, se hallan al menos alejados de una verdad sagrada por la naturaleza material de la que provienen. Cualquier octava real de este volumen nos llevaría a ese universo.

(SURCO)

Párrafos de la más hiriente punta,
si la menos esbelta, como voces
de emoción, ya se rizan, de la yunta:

de los poemas fueron escamoteados en la primera edición y si se conocen se debe, una vez más, al azar, gracias a que un amigo del poeta, Federico Andreu Riera, facilitó a Juan Cano Ballesta, a principios de los años sesenta, los títulos que el propio Miguel Hernández anotó en un ejemplar que le regaló» (Larrabide 2009: s. p.).

verdes sierpes ya trémulas de roces
y rocíos. La mano que las junta
afila las tajadas, sí, las hoces,
con el deseo ya, la luz en torno;
y enarca bríos, era, masas, horno.

(2011a: 192)

Cuando aparece *El rayo que no cesa*, en consonancia con otros autores de su generación como *Abril* (1935), de Luis Rosales, Miguel Hernández se sigue comparando con Federico García Lorca. No es para menos, como ya hemos explicado. La onda rehumanizadora inunda la poesía española desde finales de los años veinte y toma mucha más fuerza a partir de la Guerra Civil. Pero lo que llama la atención de *El rayo que no cesa* va más allá de escuelas o estilos, porque Miguel Hernández demuestra estar a la altura de los mejores sonetistas de la historia de la lengua española. Sin ir más lejos, también Federico García Lorca estaba escribiendo sus *Sonetos del amor oscuro*. La crítica aplaudió el libro nada más aparecer, e incluso celebridades como Gregorio Marañón escribieron una carta a nuestro autor comunicándole su admiración. Eutimio Martín lo indica:

El éxito cosechado por Miguel Hernández se debe, en buena medida, al prestigio de que goza entonces el cultivo del soneto, en relación al versículo. [...] El soneto, por su estricta exigencia formal, ha sido, desde sus orígenes, la piedra de toque de la maestría técnica en el taller de la gaya ciencia. El oriolano va a demostrar con *El rayo que no cesa* que no le va a la zaga a ningún virtuoso sonetista (Martín 2010: 359).

El éxito de crítica y el futuro prometedor que se cernía sobre nuestro poeta, destinado a obtener grandes cotas de popularidad por su poesía cargada de fuerza, pasión y «exaltación lírica» (Chevallier 1977: 436 y ss.), iba a truncarse con el estallido de la guerra civil española, justo cuando se equiparó con sus coetáneos. Aunque luego vendrían obras importantes –las más importantes de su trayectoria, sobre todo el *Cancionero y romancero de ausencias*, porque su madurez fue asaltándole en su escritura, una madurez a los treinta años–, a partir de ahí ya nada sería lo mismo, porque todo iba a cambiar a peor.

Sucedirá igual con su deriva ideológica, que del fanatismo clerical de su primera época y formación pasa a una militancia revolucionaria inflexible, la cual luego lo espoleará a no retractarse un ápice, cuando tuvo oportunidad de salir de la cárcel y salvar el pellejo. Luis García Montero, teniendo en cuenta el contexto y las relaciones con el Veintisiete, sobre todo con García Lorca y con Alberti, lo explica de este modo:

No puede extrañarnos que algunos intelectuales sintieran un rechazo instintivo ante la figura de un pastor-poeta reaccionario, utilizado por la derecha para ridiculizar los esfuerzos educativos de la República. Cuando la conversión a la izquierda se produzca de manera repentina y tajante, la antigua devoción católica será sustituida por la pureza dogmática del poeta militante, dispuesto a dar lecciones de comunismo, lo cual provocará nuevos malentendidos con sus compañeros de letras. La verdadera dimensión de la soledad y del drama personal de Miguel Hernández se entiende cuando advertimos la herida íntima de quien a lo largo de su vida se vio obligado a despreciar a aquellos mismos poetas que admiraba. Por unas razones o por otras,

se sintió enemigo de los autores a los que quería parecerse (García Montero 2010: 83).

Ciertamente, antes de la Guerra Civil comenzará su transformación política, tomando partido definitivo por el pueblo y la revolución durante el transcurso de la contienda fratricida. De hecho, en septiembre de 1936 ya se había afiliado al PCE y alistado en el Quinto Regimiento. En opinión de Elvio Romero:

Tironeado así por afectos contrarios, penosamente fue abriéndose paso entre la maraña. Por un lado, la esplendidez de las ideas audaces que desbroza; por el otro, el compromiso con sus antiguas raíces. No siempre es fácil vencer esa batalla. Más aún para Miguel Hernández, tan preso de las convenciones por momentos, aunque al minuto siguiente pase sobre ellas con el jocundo gesto de su adolescente impulso.

Lo cierto es que alguna cosa esencial está mudando en el poeta. Algo se subvierte en su manera de pensar. Sufre influencias que siempre trémulos frutos en su poesía, se carga de extraños y maduros pensamientos. No le es fácil, como dijimos, romper con el velado murmullo de las creencias que trajo de provincias, de una vida transcurrida bajo el influjo de claustros y procesiones (Romero 1958: 73).

Esta dialéctica contradictoria, compleja y sin transición, desde su formación católica tradicional y contrarreformista hacia el comunismo más radical y anticlerical, lo situó «entre la cruz y la pared» (Martín 2010: 639 y ss.) a la hora de no dar marcha atrás cuando podía haber abjurado de lo que había hecho y escrito en sus últimos años, para salvarse, al menos de cara a la galería, y después huir... Ese era el chantaje al que lo sometieron, pero no accedió.

¿Por qué no utilizó las oportunidades que se le ofrecieron? Como si hubiera esperado algún juicio externo que lo sancionara, después han corrido ríos de tinta en torno a este asunto. Y es que aquello que lo había consolidado como poeta y hombre frente al mundo, en lo que creía con firmeza, fue lo que no le permitió dar marcha atrás, ni siquiera de modo estratégico. Ni un paso atrás, porque sería desandar lo andado, echar por tierra todo lo conseguido... Actuó de forma consecuente con su vida elegida, por la que había luchado, que tanto trabajo le costó forjarse, y lo pagó caro, al más alto precio que se puede pagar: con la vida. Una decisión que, evidentemente, la compartamos o no, fue tomada por la sola persona a la que le correspondía decidir. Unos meses antes de empeorar su estado de salud lo chantajearon para que se retractara del marxismo, ofreciéndole la posibilidad de curarse en un sanatorio y poder ver más a menudo a su mujer y su hijo... pero no lo hizo. Esa será su última encrucijada.

En cualquier caso, nosotros habríamos preferido que Miguel Hernández, al final de la guerra civil española, hubiera tomado el rumbo del exilio para sobrevivir (Abril 2011: 226-227). En ocasiones, al oriolano se le ha tildado de ingenuo, pero se ha olvidado por qué, y tiene más que ver con esos movimientos extraños que realizó en abril y noviembre de 1939, cuando tuvo dos posibilidades claras de refugiarse en la embajada chilena, barajando incluso otras alternativas de exilio, tal y como habían hecho otros amigos y conocidos del éxodo republicano. Extrañamente se empeñó en ir a su pueblo dos veces, sin darle importancia a lo que podría sucederle a alguien que había ocupado puestos significativos en el Ejército leal, tomado partido de manera ostensible, escrito libelos, y un largo repertorio de compromisos con la causa democrática

que le iban a costar casi con seguridad la cadena perpetua o la condena a muerte. ¿No era consciente de eso el bueno de Miguel? Sin embargo, pensó erróneamente que como no tenía delito de sangre no le harían nada, o que los escritores se encuentran con su arte por encima de las circunstancias. Miguel Hernández no quiso ver la realidad.

Lo apresaron el 28 de septiembre de 1939 en su pueblo, adonde se había desplazado para celebrar su onomástica, y de allí lo llevaron a Madrid. Nunca más recobró la libertad. Antes de eso, me gustaría recalcar esas dos oportunidades de oro que poseyó: la primera, justo al acabar la Guerra Civil, cuando prefirió ir a ver a su familia, para huir después sin lógica aparente: hacia Portugal por Huelva, y ser detenido el 4 de mayo de 1939; la segunda, cuando lo soltaron, por error, el 15 de septiembre del mismo año. Entonces también pudo huir, pero no lo creyó oportuno y en cambio se dirigió primero a Cox, donde estaba Josefina con el niño, y luego a Orihuela para visitar a la familia Sijé. En la calle Mayor de su pueblo lo volvieron a apresar a finales de ese mes. Allí lo conocían y le tenían en gana. Luego, ya en la cárcel, insistimos, pudo colaborar con el régimen publicando en la prensa, no a favor del Caudillo, sino con algún poema o colaboración lírica. José María de Cossío, que siempre había sido su gran valedor, lo instó a que transigiera, pero Hernández se negó en rotundo, ya que eso significaba echar por tierra su nobleza de poeta y de ser humano. Incluso se enfadó con él porque le ofreciera ese rebajamiento de su dignidad. Ciertamente rebajarse es inaceptable, pero mucho más inaceptable es la muerte. Si hubiera cedido, adoptando una actitud menos orgullosa o vanidosa, habría salvado la piel, consiguiendo que lo llevaran a un sanatorio para curarse y algún trato de favor carcelario hasta que lo liberaran.

Después habría podido escapar a la más mínima ocasión. En fin. Qué se puede argumentar llegados a este punto. Todo son hipótesis... Tal vez Miguel Hernández esperaba resistir más, tal vez no pensaba morir tan pronto... pero las condiciones de insalubridad de aquellas cárceles no ofrecían demasiadas opciones. El destino nos deparó una obra inigualable, popularmente muy conocida y difundida, y una herida en nuestra conciencia por su muerte prematura, acaecida por tuberculosis el 28 de octubre de 1942. El poeta entró en el parnaso literario por la puerta grande, añadiéndole a la historia un mártir, por su compromiso con la justicia social, y a la literatura un mito, por su magmática fuerza lírica.

Para terminar, quisiera reproducir el poema «Historia conocida», de José Agustín Goytisolo, un poeta que también sufrió la Guerra Civil desde su propia experiencia trágica, puesto que perdió a su madre en marzo de 1938 en los bombardeos de Barcelona, cuando tenía 10 años, quedando marcado para siempre. Goytisolo le dedica al oriolano esta poesía, que luego fue cantada por Paco Ibáñez y Joan Manuel Serrat:

HISTORIA CONOCIDA

Hace tiempo hubo un hombre entre nosotros
alegre iluminado
que amó vivió y cantaba hasta la muerte
libre como los pájaros.

Es una historia conocida amigos
todos la recordamos
viento del pueblo se perdió en el pueblo
pero no ha terminado.

¡Qué bonito sería! Nacer escribir
morir desamparado
se estudian sus poemas se le cita
y a otra cosa muchachos.

Pero su nombre continúa sigue
como nosotros esperando
el día que este asunto y otros muchos
se den por terminados.

(Goytisolo 2009: 124)

JUAN CARLOS ABRIL
Granada, 7 de enero de 2026

MIS OJOS Y MIS MANOS
ANTOLOGÍA POÉTICA

A TI, RAMÓN SIJÉ

AMIGO, cuando pienso en tu lejana
figura, te recuerdo en tu balcón,
con un lado de faz en la mañana
y otro en la habitación.

Tu mirada magnífica y caliente
(de tan caliente parece que quema)
desciende sobre un libro. Espesamente
suena tu voz recitando un poema.

Tu tez atardecida, lo está más
bajo el sol que se vuelca en ti con brío
y, como de ella misma, por detrás
de la frente, te brota, tierno, el río.

A RAÚL GONZÁLEZ TUÑÓN

RAÚL, si el cielo azul se constelara
sobre sus cinco cielos de raúles,
a la revolución sus cinco azules
como cinco banderas entregara.

Hombres como tú eres pido para
amontonar la muerte de gandules,
cuando tú como el rayo gesticules
y como el rayo al rayo des la cara.

Enarbolado estás como el martillo,
enarbolado truenas y protestas,
enarbolado te alzas a diario,

y a los obreros de metal sencillo
invitas a estampar en turbias testas
relámpagos de fuego sanguinario.

LA GUERRA, MADRE

LA guerra, madre: la guerra.
Mi casa sola y sin nadie.
Mi almohada sin aliento.
La guerra, madre: la guerra.
Mi almohada sin aliento.
La guerra, madre: la guerra.

La vida, madre: la vida.
La vida para matarse.
Mi corazón sin compañía.
La guerra, madre: la guerra.
Mi corazón sin compañía.
La guerra, madre: la guerra.

¿Quién mueve sus hondos pasos
en mi alma y en mi calle?
Cartas moribundas, muertas.
La guerra, madre: la guerra.
Cartas moribundas, muertas.
La guerra, madre: la guerra.

CANCIÓN ÚLTIMA

*PINTADA, no vacía:
pintada está mi casa
del color de las grandes
pasiones y desgracias.*

*Regresará del llanto
adonde fue llevada
con su desierta mesa,
con su ruínosa cama.*

*Florecerán los besos
sobre las almohadas.*

*Y en torno de los cuerpos
elevantá la sábana
su intensa enredadera
nocturna, perfumada.*

*El odio se amortigua
detrás de la ventana.*

Será la garra suave.

Dejadme la esperanza.

TODO ERA AZUL

TODO era azul delante de aquellos ojos y era verde hasta lo entrañable, dorado hasta muy lejos. Porque el color hallaba su encarnación primera dentro de aquellos ojos de frágiles reflejos.

Ojos nacientes: luces en una doble esfera.
Todo radiaba en torno como un solar de espejos.
Vivificar las cosas para la primavera
poder fue de unos ojos que nunca han sido viejos.

Se los devoran. ¿Sabes? No soy feliz. No hay goce como sentir aquella mirada inundadora.
Cuando se me alejaba, me despedí del día.

La claridad brotaba de su directo roce,
pero los devoraron. Y están brotando ahora
penumbras como el pardo rubor de la agonía.

ÍNDICE

MIGUEL HERNÁNDEZ EN LA ENCRUCIJADA. NOTAS SOBRE LA «HISTORIA CONOCIDA» DE SU VIDA Y OBRA)9(
BIBLIOGRAFÍA CITADA)29(
ESTA EDICIÓN)32(

DE POEMAS SUELTOS (I)

EL LIMÓN)37(
A TI, RAMÓN SIJÉ)39(
VENUS)40(

DE *PERITO EN LUNAS* (1933)

(SUICIDA EN CIERNE))43(
(TORO))44(
(PALMERA))45(
(COHETES))46(
(MONJA CONFITERA))47(
(GALLO))48(
(SERPIENTE))49(
(SANDÍA))50(
(MAR Y RÍO))51(
(LA GRANADA))52(
(PLENILUNIO))53(

(MESA POBRE))54(
(LABRADORES))55(

DE POEMAS SUELTOS (II)

ODA -AL VINO)59(
ODA -A LA HIGUERA)62(

DE *EL RAYO QUE NO CESA* (1936)

<i>UN CARNÍVORO CUCHILLO...</i>)67(
<i>¿NO CESARÁ ESTE RAYO QUE ME HABITA...</i>)69(
<i>ME TIRASTE UN LIMÓN Y TAN AMARGO...</i>)70(
<i>UMBRÍO POR LA PENA, CASI BRUNO...</i>)71(
<i>TENGO ESTOS HUESOS HECHOS...</i>)72(
<i>TE ME MUERES DE CASTA Y DE SENCILLA...</i>)73(
<i>ME LLAMO BARRO, AUNQUE...</i>)74(
<i>EL TORO SABE AL FIN DE LA CORRIDA...</i>)77(
<i>YA DE SU CREACIÓN, TAL VEZ, ALHAJA...</i>)78(
<i>YO SÉ QUE VER Y OÍR A UN TRISTE ENFADA...</i>)79(
<i>NO ME CONFORMO, NO: ME DESESPERO...</i>)80(
<i>¿RECUERDAS AQUEL CUELLO...</i>)81(
<i>COMO EL TORO HE NACIDO PARA EL LUTO...</i>)82(
<i>LLUVIOSOS OJOS QUE LLUVIOSAMENTE...</i>)83(
ELEGÍA)84(

DE POEMAS SUELTOS (III)

SONREÍDME)89(
ODA ENTRE SANGRE Y VINO A PABLO NERUDA)92(

RELACIÓN QUE DEDICO A MI AMIGA DELIA . . .)	98 (
ODA ENTRE ARENA Y PIEDRA	
A VICENTE ALEIXANDRE)	100 (
VECINO DE LA MUERTE)	104 (
A RAÚL GONZÁLEZ TUÑÓN)	108 (
SINO SANGRIENTO)	109 (
ÉGLOGA)	113 (
EL AHOGADO DEL TAJO	
(GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER))	117 (

DE *VIENTO DEL PUEBLO* (1937)

ELEGÍA PRIMERA (A FEDERICO	
GARCÍA LORCA, POETA))	121 (
SENTADO SOBRE LOS MUERTOS)	126 (
VIENTOS DEL PUEBLO ME LLEVAN)	129 (
EL NIÑO YUNTERO)	132 (
LLAMO A LA JUVENTUD)	135 (
ACEITUNEROS)	140 (
LAS MANOS)	143 (
EL SUDOR)	146 (
CANCIÓN DEL ESPOSO SOLDADO)	148 (

DE POEMAS SUELTOS (IV)

LAS ABARCAS DESIERTAS)	153 (
ANDALUZAS)	155 (
CANCIÓN DE LA AMETRALLADORA)	156 (
LA GUERRA, MADRE)	160 (

[LETRILLA DE UNA CANCIÓN DE GUERRA] . . .	161 (
NACIMIENTO DE ESPAÑA) 162 (

DE *EL HOMBRE ACECHA* (1939)

CANCIÓN PRIMERA) 167 (
LLAMO AL TORO DE ESPAÑA) 169 (
RUSIA) 173 (
LA FÁBRICA-CIUDAD) 177 (
EL SOLDADO Y LA NIEVE) 180 (
LOS HOMBRES VIEJOS) 182 (
EL HERIDO) 189 (
CARTA) 192 (
LAS CÁRCELES) 196 (
LLAMO A LOS POETAS) 199 (
MADRE ESPAÑA) 202 (
CANCIÓN ÚLTIMA) 205 (

DE *CANCIONERO Y ROMANCERO DE AUSENCIAS*
(1938-1941)

<i>ROPAS CON SU OLOR...</i>) 209 (
<i>NO QUISO SER...</i>) 210 (
<i>EN EL FONDO DEL HOMBRE...</i>) 211 (
<i>EL CEMENTERIO ESTÁ CERCA...</i>) 212 (
<i>¿QUÉ QUIERE EL VIENTO DE ENCONO...</i>) 213 (
VALS DE LOS ENAMORADOS Y UNIDOS	
HASTA SIEMPRE) 214 (
<i>UN VIENTO CENICIENTO...</i>) 215 (

<i>BESARSE, MUJER...</i>	216 (
<i>LLEGÓ TAN HONDO EL BESO...</i>	217 (
<i>SI TE PERDIERA...</i>	218 (
<i>LLEGÓ CON TRES HERIDAS...</i>	219 (
<i>TUS OJOS SE ME VAN...</i>	220 (
<i>AUSENCIA EN TODO VEO...</i>	221 (
<i>¿DE QUÉ ADOLECIÓ...</i>	222 (
<i>EL AMOR ASCENDÍA ENTRE NOSOTROS...</i>	223 (
<i>CUANDO PASO POR TU PUERTA...</i>	224 (
<i>LLUEVE. LOS OJOS SE AHONDAN...</i>	226 (
<i>ERA UN HOYO NO MUY HONDO...</i>	228 (
<i>A MI HIJO</i>	230 (
<i>TRISTES GUERRAS...</i>	232 (
<i>HIJO DE LA LUZ Y DE LA SOMBRA</i>	233 (
I (HIJO DE LA SOMBRA)	233 (
II (HIJO DE LA LUZ)	235 (
III (HIJO DE LA LUZ Y DE LA SOMBRA)	237 (
<i>MENOS TU VIENTRE...</i>	239 (
<i>PALOMAR DEL ARRULLO...</i>	240 (
<i>LA BOCA</i>	241 (
<i>CERCA DEL AGUA TE QUIERO LLEVAR...</i>	244 (
<i>ASCENSIÓN DE LA ESCOBA</i>	245 (
<i>DESPUÉS DEL AMOR</i>	246 (
<i>EL NÚMERO DE SANGRES...</i>	249 (
<i>EL MUNDO ES COMO APARECE...</i>	250 (
<i>GUERRA</i>	252 (
[<i>NANAS DE LA CEBOLLA</i>]	255 (

DE POEMAS SUELTOS (V)

CANTAR) 261 (
[CON DOS AÑOS, DOS FLORES...]) 263 (
CASIDA DEL SEDIENTO) 264 (

DE POEMAS SUELTOS (VI)

TODO ERA AZUL) 267 (
SONREÍR CON LA ALEGRE TRISTEZA	
DEL OLIVO) 268 (
YO NO QUIERO MÁS LUZ QUE TU CUERPO	
ANTE EL MÍO) 269 (
EL HOMBRE NO REPOSA) 271 (
SIGO EN LA SOMBRA, LLENO DE LUZ:	
¿EXISTE EL DÍA?) 272 (
VUELO) 273 (
SEPULTURA DE LA IMAGINACIÓN) 275 (
ETERNA SOMBRA) 276 (

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EL 28 DE MARZO DE 2026